Ojjos que todo lo ven

J. Andrés Herrera

COLECCIÓN VOCES VIVAS

NARRATIVA



Cuauhtémoc Blanco Bravo
Gobernador Constitucional del Estado de Morelos

Julieta Goldzweig Cornejo
Secretaria de Turismo y Cultura

Antonio Lestrade Gris
Secretario Técnico

Lidsay Mejía Anzurez
Directora de Publicaciones

Ojjos que todo lo ven

Juan Andrés Herrera Aceves



Este programa es público ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

Herrera Aceves, Juan Andrés, autor
Ojjos que todo lo ven / Juan Andrés Herrera Aceves. -- Cuernavaca, Morelos : Fondo Editorial del Estado de Morelos, 2023.
65 páginas. – (Colección Voces Vivas: narrativa)

ISBN 978-607-8658-68-8

1. Literatura mexicana – Ficción moderna contemporánea
2. Novela mexicana – Morelos

Colección Voces Vivas Narrativa
Primera edición, 2024

Coordinación editorial: Lidsay Mejía Anzurez
Diseño y formación: Julia Jayme Salas / David Ortíz Ocampo
Cuidado de la edición: José Manuel Mendoza Campuzano

D.R. © 2023, por el texto: Juan Andrés Herrera Aceves
D.R. © 2023, por la edición:
Secretaría de Turismo y Cultura
Fondo Editorial del Estado de Morelos
Calle Miguel Hidalgo 239
Colonia Centro 62000
Cuernavaca, Morelos
http://turismoycultura.morelos.gob.mx

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin el previo y expreso consentimiento por escrito de los editores.

Hecho en México

Ojjos que todo lo ven

Juan Andrés Herrera Aceves

Libro ganador de la Convocatoria de Obra Inédita 2023 en el género de Narrativa.
El jurado estuvo integrado por Mónica Lavín Maroto y
Elmer Filemón Mendoza Valenzuela

La tortuga

El mundo es en realidad una plataforma plana
sustentada por el caparazón de una tortuga gigante
[diálogo de una señora con Bertrand Rusell]
Historia del tiempo — Stephen Hawking

La tortuga llegó una tarde. Yo no estaba cuando la encontraron, pero pude recrear la escena gracias al relato de mi sobrino. Él y su papá iban de salida. Tras abrir la puerta, vieron al animal moviéndose rápidamente de un extremo a otro de la calle.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

—Es una tortuga.

Su papá la levantó, regresó al patio y le preguntó a mi madre por un bote. Ella se asomó por el ventanal, desde la sala, para señalar la llave en la barda de en frente; al lado estaba una cubeta. Mi primo la llenó con agua y metió a la tortuga.

—Tía —le dijo a mi mamá—, ¿ya vio lo que encontramos en su entrada?

«Mi tía abuela le hizo así», me contó mi sobrino tambaeléndose como si titiritara. Mi madre se asusta fácilmente y luego ella misma nos explicó que había pensado que se trataba de una víbora o una brujería.

La famosa tortuga permaneció en el bote. Mi mamá narró a todas las personas que pasaron ese día por la casa cómo fue encontrada por mi primo y su hijo. Luego

esperaba pacientemente a que le preguntaran qué pensaba hacer con ella y contaba lo de la víbora o la brujería seguido del titiriteo. Papá se reía, todavía sentado en el fondo de la sala. A veces le costaba levantarse, pero, en general, descansaba después de la diálisis para luego andar a paso lento por toda la casa.

Yo llegué del trabajo y vi la cubeta a medio patio. Pregunté qué era aquello y mi madre repitió su historia. Lo cierto es que no vi ninguna tortuga y, al asomarse, constató que no había nada en el bote. Mi madre se asombró. Echamos un vistazo en el patio delantero, en el jardín de abajo y dentro de la casa. Revisamos en el pasillo que da a la calle, en la calle y aun en las entradas de algunos vecinos. La tortuga no estaba.

—A lo mejor sí fue una brujería. ¿O qué pasó, pues?—preguntó mi madre santiguándose, haciendo brotar la risa paternal nuevamente.

Meses después, Katya se quedó a dormir. Yo llevaba varios días fuera de casa, del trabajo a su departamento y viceversa, cuando, una mañana, me hablaron para decirme que papá había empeorado. Fuimos al hospital de especialidades en la Ciudad de México de inmediato y volvimos por la noche. Papá regresó con nosotros. Había que cambiarle algunos medicamentos y hacer estudios, pero todo parecía normal. Llegamos agotados. Cenamos algo rápido. Luego mi hermana se fue a acostar tras dejarlo bien abrigado y dormido con mamá. Katya se metió a bañar. Yo la esperé en mi habitación y me quedé dormido. A los pocos minutos llegó secándose el cabello.

—¿Qué crees? —me despertó y no esperó respuesta—. Hay una tortuga en el baño.

—¿La tortuga? —le pregunté interesado, aunque más dormido que despierto.

—Sí, la tortuga que dice tu mamá.

Caí rendido sin poder contestar, pero balbucí que así eran las tortugas, que se enterraban y aparecían después.

Al día siguiente, me levanté temprano para ir al baño y frente al retrete recordé el diálogo de la noche. Me asomé por todos lados, removí el bote de basura y miré bajo el depósito. No había nada. Así fue como el tema de la tortuga me intrigó.

Tenía muchas ganas de verla. Pensé que era una cosa supersticiosa, algo de buena suerte. No me quejo, pero pasaba malos ratos por aquellos días: tenía insomnio y jornadas en las que me sentía demasiado cansado, decidido a ir a Recursos Humanos para renunciar al minuto siguiente. Estaba harto de la burocracia y la postura mezquina que lo obliga a uno a quedarse: la buena paga, el sueño futuro de crecer profesionalmente. Junto a esos malestares y la creencia de mi madre en cosas de ese tipo, el reptil me daba la esperanza de que todo cambiaría si lo veía.

La tortuga comenzó a aparecer en las historias de los demás. El animal era casi onírico, personaje de un sueño al que yo no tenía acceso. Un sábado papá se cayó de la cama en la madrugada. Mamá fue a despertarnos a mí y a mi primo. Lo levantamos entre los dos porque papá aún pesaba mucho a pesar de haber adelgazado tanto. Mi primo dijo que se quedaría a cuidarlo un rato y me encargó que viera si se despertaba el niño. Cuando fui a su cuarto, mi sobrino ya había prendido la televisión y estaba a punto de conectar la PlayStation.

—¿Un partido de FIFA?

—Va.

Me puse a jugar con él y le pregunté sobre la escuela,

su mamá y su padrastro. Me contó que todo estaba bien, pero la pasaba mejor los fines de semana con mi primo porque cuidaba al tío abuelo y lo dejaba hacer muchas cosas que su mamá no. La plática llegó poco a poco al tema de la tortuga.

—¿Tú la has visto?

—Sí. Varias veces, tío.

—¿En serio?

—Sí, cada vez que vengo me la encuentro. Está bien grandota y le hace así con la boca cuando le das de comer —el niño jugaba con su cuello y sus labios fingiendo la atrapada veloz de un bocado inexistente.

Yo no comprendía por qué era el único en casa que no la había visto. Incluso Katya la había encontrado en el baño y hasta mi papá, que para entonces pasaba la mayor parte del tiempo acostado en su cuarto, en parte por las diálisis y en parte por el frío, la había visto desde el primer día.

—No'mbre, hijo. Una vez, cuando estaba en el ejército, nos fuimos francos a Acapulco. Un traca era de allá y nos enseñó una tortuga grandota. Estaba bien chulo el animal. Era un macho de 70 años. Estos animales viven un montón —me había contado días atrás.

—Sí. Viven mucho, pa'.

—No como uno. Ora que yo me muera...

—¡No! Toca madera —lo interrumpí y di tres golpecitos en su buró—. Tampoco nos vamos a ir tan jóvenes, ¿no?

—No digo que no ni que sí, pero ya estoy harto de tener esta pinche manguerita colgada y estar todo el día con la diálisis. Siempre me siento mareado. Deberían dejarme morirme y ya, sin tanta cosa.

—Ay, pa', pues tu hija y tu sobrino hacen todo lo que pueden con las diálisis. Vas a salir de ésta, vas a ver. Hasta nos vamos a tomar unas cervezas después.

—Olvídate de las cervezas, ¡la comida! Cómo se me antoja comerme un mole. Dios te oiga y me cure pronto.

Esbocé una sonrisa y mi sobrino me preguntó de qué me reía mientras comenzaba el videojuego.

La siguiente aparición se dio en una fiesta familiar, precisamente en su cumpleaños. En pleno patio, de entre la silla de ruedas de papá, los niños buscaban algo. ¡La tortuga, la tortuga!, gritaba una niña. Los demás la persiguieron. Uno la alcanzó, la tomó con las dos manos y se le cayó al intentar llevársela al otro lado del patio. Entonces todos la vieron ahí, en el centro de la fiesta, boca arriba, moviendo apresuradamente las patas que apuntaban hacia el cielo. Todos menos yo, que estaba trabajando. Puedo alegar muchas cosas racionales, pero lo cierto es que parecía que el destino no me dejaría conocer a la dichosa tortuga.

Papá comió mole aquel día con romeritos y camarones. Se puso muy mal. A los tres días, prácticamente asumió un estado vegetativo. Entre mi hermana, mi primo y mi mamá lo llevaron a un nefrólogo particular porque no podíamos esperar la siguiente cita regular. Le mandó hacer estudios, incluyendo una tomografía y, tras interpretarla, les recomendó hacer valer el seguro de papá con su dictamen, pues era urgente una cirugía en la cabeza. Al parecer, tenía un coágulo producto de tantas caídas. Cuando íbamos al hospital por una cosa, papá se quedaba por otra. Sobre el mole y los camarones, necesitaba una secuencia exhaustiva de diálisis por cuarenta y ocho horas seguidas, pues se le tenía que

drenar el veneno en que su cuerpo convertía la sal, pero apremiaba la cirugía.

Fuimos a la clínica militar y aquel mismo día lo trasladaron a la Ciudad de México. En la tarde entró a quirófano. Nos asignamos roles para cuidarlo y yo me propuse para pasar la noche. La intervención fue un éxito. Salió de madrugada del quirófano y, por primera vez en casi una semana, me reconoció.

—¿Hijo? —murmuró.

—Aquí estoy, pa'.

—¿Y tu mamá?

—Está al tanto en la casa. Ya les avisé a todos que saliste bien.

—Qué bueno, hijo. Qué bueno.

Papá llegó muy conversador de la sala de recuperación luego de haber estado ausente esos terribles días en que pensamos que iba a morir. Yo lo escuchaba atento, aunque a ratos me ganaba el sueño. Me habló de su madre, de sus primos en los campos de Iguala, y de cómo se ganaba sus tacos de chicharrón trabajando para unos tíos que tenían carnicerías y pozolerías, pero no le daban nada gratis, pues nunca le perdonaron a mi abuela casarse por segunda vez y haberlo parido. Describió toda su infancia, como alguna vez, quizá veinte años más joven, había llegado borracho y me contó aquello siendo yo niño. Parecía que estrenaba su memoria. Una lúcida memoria de viejo sabio resplandecía en esa noche a media luz de hospital. Hacia el amanecer, me dio sus bendiciones, una serie de consejos que ya conocía de toda la vida como aprovechar cuando hay dinero para hacer cosas importantes y no defraudar a quien lo apoya a uno.

A pesar del sueño, o precisamente gracias a él, era

maravilloso volver a escuchar la voz de mi padre. Era consolador arrullarme con sus palabras. Las mismas que me había dicho repetidamente durante toda mi vida y que nunca, como los días anteriores, me habían faltado. Aquella mudez de su estado anterior me había puesto sobre aviso para recibir su muerte.

—¿Y por qué comiste mole si te hace daño?

—¿Te acuerdas de la chingada tortuga?

—Sí.

—Pues ese día de la fiesta ahí andaba. Que la agarran los chamacos y todos querían verla. Entonces, aproveché el descuido para echarme un taco de romeritos sin que nadie me viera —me confesó con su tono agudo de broma que utilizaba al contar chistes.

Ambos nos reímos.

—Mira, hijo, uno debe ser agradecido y está bien que me echen una mano, pero si ya me va a llevar la chingada, siquiera tenía que comerme un mole —hizo una pausa— y si es con romeritos, pues más a mi favor.

—Sí te entiendo, pero nos preocupamos to...

—No la hagas de emoción, hijo —me interrumpió—. Yo he salido de peores.

—Pero nos asustas.

—De todas formas, cuando a uno le toca no puedes hacer nada, aunque te quites como dice tu mamá. Y tienes que estar alerta. Entiende algo: tú eres mi único hijo. Así, igualito a ti, era yo. Tú, tu hermana y tu madre han sido lo mejor de mi vida. Yo la pasé muy mal de chamaco, pero muy mal, hasta que la conocí. Así que cuídalas, cabrón. Y cuídate tú. Y le agradezco a tu primo, y al compadre, y a tu novia, y a todos los que me ayudan con esta pinche enfermedad, pero contigo pasa algo especial. Me da mucho

gusto que estés aquí. Tú eres mi hijo y cuando me despido de ti siento como si me despidiera de mí mismo. De mi juventud, de tu madre, de tu hermana, de mis primos cuando nos bañábamos en el río y de los campos de pápalo.

Después de seguir hablando así, papá se quedó dormido. Iban a dar las cinco de la mañana, así que bajé a la sala de espera y fumé un rato. A las seis llegó mi primo a sustituirme y no volví hasta una semana después, cuando lo dieron de alta. Me tocó conducir de regreso. Al llegar a casa, mientras metía el automóvil, pasé encima de algo y papá se quejó del movimiento. Mi primo bajó primero.

—Ya aplastaste a la tortuga.

Sentí mucha pena. Luego me volteó a ver riendo y alzó las manos. Sí era una tortuga, pero de juguete. Un regalo del cumpleaños de mi sobrino que avanzaba poniendo pelotitas a manera de huevos. Llevamos a papá a su cama y me fui a casa de Katya. Papá murió una semana después.

¿Han escuchado de esas personas que no se van hasta despedirse de todos? Su recuperación tras la cirugía empeoró. Se le practicaron las sesiones intensivas de diálisis, pero tras cuarenta y ocho horas lucía más agotado que nunca. Volvió al hospital y lo internaron. En su debilidad, hablaba muy poco y pedía la compañía de mamá. Ella no dejó que fuéramos en la ambulancia ni mi primo, ni mi hermana, ni yo, que éramos más jóvenes, porque no quería dejarlo un solo momento. Se fue con él y todos presentimos lo que se avecinaba.

Yo tenía mucho trabajo y fui al día siguiente a la Ciudad de México. Lo vi, sabía que era definitivo y le dije al oído que ya descansara, que lo había hecho bien, que le agradecía todo y que nunca podría olvidarlo, pero

que ya descansara tranquilo. Ese hombre guerrerense tan activo, de buen comer y beber, que se formó en la milicia de la Ciudad de México y se avecindó en Morelos, que alguna vez tuvo a más de cincuenta personas a su cargo, que reinó en la seguridad de una planta hidroeléctrica en Michoacán, llevaba más de un año con un estilo de vida relacionado con hospitales, médicos, medicamentos y prohibiciones de todo tipo. Esperaba una respuesta suya. Quería que moviera un brazo, que gimiera, que me diera una señal.

Era un tipo muy querido. Varios amigos y familiares habían viajado para despedirse. Al tercer día de hospitalización, llegó su hermana, la única que no lo había visto. Le habían inducido el estado de coma para que no se ahogara ni padeciera dolores y respiraba a través de un tubo insertado en su tráquea. Mi tía salió llorando de la sala. Tres horas después, falleció.

Ella lo vio a eso de las nueve de la noche. Ya no era hora de visita, pero, por la situación, le permitieron pasar. Poco después de la media noche murió. «Estaba esperando a su hermana», aseveró mi mamá. Mi hermana, que se quedó a hacer guardia, nos avisó por teléfono. Apenas íbamos llegando de regreso a casa tras un largo viaje en la carretera. Mamá se quedó con una tía en la Ciudad de México y ahí recibió la noticia tras llegar del hospital y darse un baño.

Por la mañana, mi primo, Katya y yo arreglamos todo. Aseamos la casa, hicimos comida, avisamos a conocidos y familiares, compramos las flores y café. Más tarde vino mi sobrinito con su mamá que, aunque estaba separada de mi primo, también apreciaba mucho a mi padre. Imprimieron una foto suya vestido de gala militar para

el altar y, mientras tanto, mi primo terminó de ver el asunto de la funeraria y el panteón. El seguro de papá le cubría un espacio en el panteón militar de la Ciudad de México, pero había dejado muy claro que quería quedar enterrado en su tierra, que no fue la natal, sino donde fincó con mamá. Yo me fui a dormir un rato porque no había logrado conciliar el sueño toda la noche.

Cuando me desperté, al mediodía, la casa estaba llena de gente. Unas señoras servían platos y cocinaban como locas. Me ofrecí a ayudar, pero no me lo permitieron. Los dolientes de casa vestían de negro. El cuerpo llegó en una ambulancia. Mamá bajó secándose las lágrimas, mi hermana detrás de ella y enseguida mi tía, mi novia y mi primo empezaron a llorar. Luego los siguieron mi sobrino y su madre. Alguien gritó y el llanto aumentaba. Yo me apresuré a tomar parte en la comitiva que bajaba el ataúd.

La funeraria ya había puesto las bases para el féretro en la sala. Al centro echamos una cruz de sal. Los cirios estaban en las esquinas y todas las flores dispuestas alrededor, en una cruz al frente y en un camino de pétalos blancos hacia la entrada. Luego cerramos una cortina del ventanal que daba al patio. Mi madre me pidió disculparme ante los que nos acompañaban en el patio porque vestiríamos a papá.

Al comenzar a ponerle la ropa, lucía una sonrisa. Yo no sentía nada. Nada de nada. Quería sentir algo y simplemente no podía. Sus amigos le decían cosas como «Ahora sí nos la hiciste, compadre» o «Te estás burlando de que no podemos vestirte». «Tu padre ya nos hubiera dicho que somos una bola de pendejos», me decían. Yo no podía responder más que con una sonrisa a medias. Entonces

mi primo le dijo al cuerpo tieso que teníamos delante: «Ándele, tío, no se ponga difícil, déjenos vestirlo». «Se está riendo, míralo», dijo alguien más, y me tocó alzarle un brazo. Fue entonces cuando toqué su piel directamente. Hasta entonces, sólo había palpado encima de la tela. Estaba helado. Fue una fracción de segundo porque no venía desnudo, traía una bata mortuoria y yo lo tomé de ella tras palpar su piel; sin embargo, aquello me turbó. Algo ocurrió dentro de mí y sentí un miedo que me dejó pasmado ante los demás por un instante, pero, para mí, el pasmo duró muchos meses más. Nunca antes sentí un miedo tan profundo que no pudiera expresarse.

Aquella misma madrugada, tras velarlo casi toda la noche, intenté dormir y tuve una pesadilla terrible donde una bruja se robaba mi cara y yo subía unas escaleras en una casa de hielo para intentar recuperarla, mas no lograba hacerlo. De pronto, la bruja estaba en la planta baja, me hablaba y, al voltear, me observaba mi propia cara bajo las escaleras. Desperté muy temeroso. Nadie estaba en la habitación conmigo. Mi novia seguía atendiendo a los que aún velaban. Salí de mi cuarto directamente al patio y el frío completó mi escalofrío. Quería gritar, correr, rascarme, sacarme esa sensación a como diera lugar. Tenía mucho miedo y a la vez quería detener todo.

A partir de esa noche, empezaron las pesadillas. Los rezos duraron nueve días según la costumbre católica. Se levantó la cruz y las pesadillas continuaron. Pasaron varios meses antes de recuperarme de aquel impacto. Un día amanecí con un dolor en la quijada. Le advertí a mi novia y, tras quejarme toda la mañana y tomarme el día, me convenció de ir al médico. Éste me preguntó si tenía

mucho trabajo o había ocurrido una emoción fuerte.

—Murió mi padre hace un mes —le contesté.

Me envió unas inyecciones de vitamina B y me recomendó masajes en cuello, nuca, sien y mejillas. Una parálisis facial me amenazaba. Con las inyecciones, los masajes de mi novia y algunos días libres, pude estabilizarme. Aun así, de repente aparecían las pesadillas y yo despertaba entre gritos, gruñidos o viendo a la nada, en plena noche, sin comprender qué había ocurrido ni dónde me encontraba. Ya había dejado definitivamente la casa de mamá y por eso cada madrugada Katya estaba presente para tranquilizarme. Yo visitaba a mi madre casi todos los días. Comía con ella, mi primo y mi hermana. A veces nos acompañaban Katya o mi sobrino.

Un día de lluvias, muchos meses después, recibimos la noticia de que nuestra herencia estaba lista. Fuimos a firmar al banco y luego a comer todos juntos en un restaurante que frecuentaban mis padres cuando eran jóvenes. De regreso a la casa, conversamos largo rato en la sala. Yo no hablaba mucho porque, en general, me había vuelto más reservado desde la experiencia de vestir el cadáver de mi padre. Mi sobrino entró corriendo hacia mí.

—Ven, tío. Te tengo una sorpresa.

—¿Qué pasó?

—Es la tortuga —dijo mi primo cuando yo cruzaba el ventanal.

El niño salió rápidamente, lo seguí y afuera señaló un charco que se formaba siempre durante aquella época en el jardín de abajo de la casa.

—Ahí está.

Por primera vez en mucho tiempo, sonreí. Corrí como

un escolar y empecé a gritarle a mi novia, a mi madre, a mi hermana y a mi primo que vinieran.

—¡La tortuga, la tortuga! ¡Aquí está la tortuga, vengan a verla!

Mi madre salió primero, asustada por mis gritos, y me encontró en cuclillas frente al charco. Yo tomaba en ese momento a la tortuga entre mis manos y empecé a llorar.

—¿Crees que la tortuga también esté feliz de verte por fin, tío?

El niño me rodeó con su bracito; luego llegó mi madre a abrazarme. Ahí estábamos todos alrededor del animal. Lloré mucho aquella tarde.

Dalila

En ese tiempo, yo vivía en una pequeña covacha de la colonia Alta Vista, en Cuernavaca. Continuamente había peleas entre los vecinos más jóvenes y más desocupados contra sus homólogos de barrios colindantes en la Carolina, San Antón, Santa Fe, Lagunilla, el Centro y Chula Vista. A veces, se peleaban las mismas familias que, entre cabezas de familia hombres y mujeres, hermanas, tíos, primos, nietas, sobrinos, llenaban una o dos manzanas. Yo los conocía a todos y con todos me llevaba bien. De alguna manera, éramos amigos, pero, como a cualquier otro de la cuadra, cada que nos encontrábamos en la esquina me pedían un cinco, un diez, un cigarro. Hubo días en que bebí con ellos hasta tarde y también pedí dinero a otros vecinos.

Incluso, en una ocasión asaltamos a dos porque «iban muy trajeados» y se sentían «muy acá», así que participé en ése y otros encuentros incómodos con los mismos vecinos del barrio familiar y aledaños. La mañana del asalto inhalé por primera vez cemento para PVC desde temprano. Me dolió la cabeza el resto del día y me quedé con la hediondez en la boca y el estómago, pero las ganas de más fueron las que me convencieron de ir contra los trajeados sólo para continuar inhalando hasta entrada la tarde.

Aquella noche pasó algo trágico y, por suerte o destino, azar a fin de cuentas, yo no quise ir al Billar del Triángulo. Horas después me arrepentí encerrado en mi covacha porque no podía dormir. Intenté ver una película,

pero repetía una y otra vez las escenas de los mismos tres DVD's piratas que tenía y no entendía de qué trataban; además, el gusto que tenía en la boca me daba asco y, a la vez, ganas de seguir inhalando. Probar aquello había sido muy placentero y jodido al mismo tiempo. Aunque suene absurdo, de ese olor tan molesto se desprende un sabor delicioso que, ya que lo llevas pegado a la boca o la nariz un buen rato, te hace desear que en vez de olor tuviera cuerpo, como una manzana, y lo pudieras morder; de hecho, de pronto empiezas a sentir que así va a ser, algunos hasta muerden el papel seco. Por algo la gente se droga con esa porquería.

No sé qué hora era cuando empezaron a oírse pasos acelerados en la calle, luego corrieron sombras tras mi ventana, poco después se escucharon los gritos con mentadas de madre, chiflidos, amenazas de muerte y empezaron a llover botellazos. Aún no había armas en cada bolsillo, pero la época de los disparos diarios estaba a la vuelta de la esquina. Hubo silencio y las sombras regresaron. Esperé cinco minutos, me asomé, quería ver si alguien tenía una estopa mojada para seguir inhalando el asqueroso y placentero pegamento industrial. Sudaba y tenía miedo, pero quería seguir disfrutando antes que resentir el bajón porque ya comenzaban a temblarme las manos e incrementaba el dolor de cabeza. Como no vi nada por la ventana, decidí ir a la puerta. Quité el candado, recorrí la cadena y jalé la placa de aluminio que chilló al rozar el piso. De la avenida, entrando al barrio, venían cuatro personas, tres hombres y una mujer. Yo no podía enfocar muy bien y se escucharon dos ráfagas
—9 mm quinceañera, pensé—, luego se oyó un rechinar de llantas y un automóvil que se acercaba a nosotros

desde el otro lado de la calle. Volteé a ver a los que venían y ellos, a su vez, se apresuraron a llegar conmigo.

—Danos chance, carnal, ¿va?

No me encontraba plenamente consciente, pero alcancé a moverme para que entraran y vimos pasar una Ranger a toda velocidad antes de cerrar la puerta.

—Muchas gracias. Qué miedo, ¿no? Puro idiota. Siempre hacen sus pendejadas hasta que los matan. Pero lo bueno es que estamos bien. ¿O no? ¿No quieres un pay?

La chica que hablaba tenía una canasta, pero no me había percatado. No quise el pay porque vi unas galletas más grandes y, como pude, le di a entender con muecas y movimientos de mis manos que prefería una galleta.

—Pues una y una. Te las ganaste por el paro.

Yo ni siquiera había almorzado aquel día. Les señalé un frasco de café instantáneo por si querían, pero llevaban prisa. De todas formas, yo no tenía agua y se había reventado la resistencia de mi parrilla. Nos quedamos en silencio y sólo ella parecía estar viva. Dos de los tipos veían hacia el suelo y el otro hacia la ventana. Los primeros, como esperando oír más balaceras; el otro, como queriendo ver a los muertos.

—¿Y no sabes qué paso? —preguntó uno, aunque ya todos conocíamos la historia. Lo que no sabíamos es cuántos ni quiénes habían salido muertos.

—Nel —pude balbucir.

Decidieron, tras otro silencio, que era hora de irse. Los tres se despidieron mientras abrían la puerta y esperaban. La chica me pidió permiso de pasar al baño. Antes de salir, tomó su canasta, se acercó y me dio las gracias.

—Perdón. Ni siquiera te preguntamos cómo te llamas. Yo me llamo Dalila.

No contesté porque seguía aturdido y los efectos de la resaca del pegamento eran notables, pero ella lo entendió.

—Déjalo así, carnal. Ya ni puedes hablar —continuó—. Nos hiciste un parote dejándonos entrar. Si no, chance y nos toca la malhora, ¿no? Disfrútalas —señaló la galleta y el pay.

Ella salió primero. Cuando los chicos la siguieron tras su canasta, en cambio, sí tuve voz para pedirles un diez a cada uno.

II

Al día siguiente, Dalila apareció en la noche para saber mi opinión sobre la galleta. Tocó la placa que usaba como puerta y, al abrir, me sorprendió verla. Tardé en reconocerla. Era bajita, delgada, muy guapa. Tenía un corte tipo mohicana y en la parte superior de la cabeza, atados en desorden y con las puntas hacia el cielo, unos *dreadlocks* delgados. No llevaba la canasta. Vestía un pantalón de franela de muchos colores, unos choclos que parecían salidos de una película ambientada en los cincuentas y una playera de Mano Negra que tenía una malabarista de caracteres japoneses.

—Ni me la he comido.

—¿En serio? ¿Ya viste que es de mota?

Yo no me había dado cuenta. Me comí el pay de fresa en la mañana para olvidar los restos de la resaca. La noche anterior, sus acompañantes llevaban patinetas, parecían uniformados, con gorros de estambre y bermudas de

payaso, pero ella iba con gabardina, un pantalón entallado, bufanda y botas, todo negro y con un porte elegante. Tenía un gorro con algo como gamuza para el frío y su tez morena clara resaltaba con una expansión que tenía en la oreja derecha del tamaño de un hueso de ciruela. Me imaginé que eran viciosos, pero no que vendían. Nunca hubiera pensado que sus galletas tuvieran hierba. Así que puse cara de asombro.

—Sí, es de motita. ¿Puedo pasar?

Me hice a un lado y platicamos hasta las once sobre nuestras vidas, el rap y el barrio donde vivíamos. Ella también había crecido cerca, pero no le gustaba juntarse con mis amigos, aunque conocía a varios. Yo nunca la había visto, o a lo mejor sí, pero no me había llamado la atención. En cambio, ella sí me conocía.

—Yo te topo desde chavito, pinche moreno. Así te dicen, ¿no? Tus amigos me dicen la «equis». Ya sabes cómo son. Me pusieron así porque una vez les dije «Equis, vamos a hacer otra cosa» cuando me propusieron asaltar un camión.

Ambos reímos. Luego me contó que sí robaba, pero robaba a todas las cadenas de minisúper y a las tiendas grandes, sobre todo a los Walmart, pero a la gente no. Había estado dos años en la UAEM matriculada en Antropología Social. Vendía drogas, casi de todo, menos coca, piedra ni cristal. La familia de su mamá era del centro y su padre era un francés que vivió en Tepoztlán y había dejado de ver hace muchos años. En posteriores pláticas, me di cuenta de que nunca contaba más sobre él, pero siempre lo mencionaba.

—¿Y no te da miedo eso de las drogas así como está la cosa?

—Nel. Hay que saber a quién venderle. Aquí en el barrio, nada.

—¿Y a poco tú conoces Francia?

—Fui el año pasado con un exnovio. Estuvimos en España también. Casi nos tuercen en el aeropuerto.

No llevaban drogas, no muchas, pero llevaban una gramera que no pasó el examen de la aduana. Alegaron haberla adquirido usada y, como comprarían piedras preciosas —su novio era joyero y *dealer*—, los franceses los dejaron entrar. No supieron que bajo la plantilla del tenis tenía, dentro de una diminuta bolsa hermética, una tira de papel secante cortada en pequeños cuadros bañados con LSD de un estudiante de química mexicano.

Dalila me habló de los conciertos en el parque de béisbol Miguel Alemán y la vez que le tocó ver cómo Germán, el «Tato», mató a un cholo de La Barona a golpes después de un concierto de reggae. «Fue limpio», opinaban todos, y ella no comprendía cómo podían estar viendo esa mierda y aplaudirla mientras escuchaban una música tan jocosa, que hablaba de unión y amistad. *Búscalo*, el primer disco de Antidoping, terminaba por segunda vez en la grabadora.

—Ya va a llegar mi novio, el de pelo largo, ¿lo recuerdas?

—Creo que sí. El que estaba viendo hacia la ventana, ¿no?

—Ándale, ése mero. Cuídate, pues. Por cierto, ora sí: ¿cómo te llamas?

III

Fue Dalila quien me convenció de que terminara la preparatoria abierta y hasta quería que entrara a la Uni. Yo hacía lo que podía para sobrevivir: colados, yeso, azulejo, acabados de pintura, herrería, plomería, carpintería; siempre como ayudante, eso sí, pero nunca necesité más dinero que pa' mi cuarto, mi comida y mi toque. Crecí ahí solo. Mi abuela, la única que se preocupaba por mí, había muerto diez años antes, cuando yo tenía nueve. Y hacía mucho no veía a mi mamá ni a mis hermanos. De todas formas, ella insistía, duro que dale, en que tenía madera para hacer otras cosas. Me ayudaba con el quehacer y cocinábamos entre los dos. Me empezó a llevar libros, revistas y películas. Hablaba de revoluciones lejanas, de pañales ecológicos,de sembrar el patio y las azoteas, de usar bicicleta, de coger mucho, de no hablar mal de los demás en su ausencia, del trueque, de economía tzotzil, de hidroponía, de mitología hindú, de poesía griega, de filósofos mexicanos, de físicos rumanos, de biólogos en Cabo Verde, de drogadictos grandes del cine, de una película que vio sobre rap pakistaní, de Francia, de su madre, de los carnavales de Tepoztlán y Tlayacapan, de los ríos de Tetecala y Coatlán. Por supuesto, también contaba siempre la misma historia de su padre. Yo al inicio no le podía seguir bien el hilo, pero ella me fue enseñando algunas cosas.

Aprendí con ella todo eso y algunas palabras que sonaban mejor y sirvieron en mi presencia laboral, me abrieron varias puertas. Por eso, cuando comprendió que no

llegaría a ser maestro en ningún oficio, me convenció de terminar la prepa abierta. Lo hice y así tuve otros trabajos igual de mal pagados, pero más estables y con seguro médico. Luego me presentó amigas y me llevó a muchos conciertos y exposiciones donde nos embriagábamos gratis. Por ella conocí la universidad, museos, artistas, güeros extranjeros y hasta anduve con una doctora y una alemana de pasada. También hablaba mucho en contra de las drogas de farmacia y la medicina, pero no lo suficiente como para negar que las usaba en ciertos casos. Decía que sí se aplicaría cirugías necesarias. Entre churros de marihuana, yo le decía:

—Qué le haces, si bien que tomas pastillas para no quedar en Barcelona.

—Sí, pero si quedo embarazada ese pedo se sale en corto.

Éramos amigos del humor más negro, aunque siempre le tuve respeto, como a una hermana mayor o una maestra.

—Te pasas, pinche flaca.

Después de reírnos, me pasaba la bacha y me echaba el humo en la cara.

IV

Con el tiempo, se afincó nuestra amistad y vivimos juntos en un departamento del centro, con otra amiga suya que había conocido en las clases de Antropología. Las cuentas se pagaban gracias a las crepas de marihuana que ellas vendían en la universidad y mi salario como guardia

de seguridad privada, veinticuatro horas de trabajo por veinticuatro de descanso, en una casa de empeños. Dalila se consiguió otro novio y yo salía con dos cajeras del trabajo. Una tenía novio y me visitaba de vez en cuando; la otra no quería nada serio o, si tenía varias parejas como yo, era muy discreta. Aun así, cuando la amiga regresó con sus papás, me dolió que Dalila decidiera irse a vivir con su ya no tan nuevo novio. A tres años de amistad, cuentas compartidas y muchos conciertos de reggae, le deseé lo mejor, tomé mis cosas porque yo solo no podría pagar el alquiler de aquel departamento del centro, renuncié a mi puesto de guardia y hui de Cuernavaca.

Ella me había sacado de mi covacha y yo no podía regresar a asaltar tipos en la esquina del barrio, inhalando solventes. Así que me fui al Distrito Federal, donde me visitó un par de veces. La primera vez llegó para ver a *Mad Professor*, pero el gobierno de la ciudad canceló el dub en el zócalo y mejor cocinamos y nos emborrachamos como en los viejos tiempos, platicando hasta el amanecer. La segunda vez fuimos a un concierto de *Skatalites, Steel Pulse y Jamaica 69*. Yo rentaba un departamento de interés social, con minibaño, minicuarto, minicocina, minisala y minibalcón, en un quinto piso, cerca de metro Bondojito. Hicimos una fiesta aquella noche con un montón de desconocidos. Recuerdo a *Jamaica 69* de entre muchas bandas porque esa noche repetimos infinidad de veces sus canciones. Le dije que bailáramos después de pasarnos el humo de tabaco y hachís de boca a boca. De las bocinas, tras correr a todos del celular en turno y reconectar el estéreo, se escuchó:

¡Jamaica arde y los chicos bailan!

Nunca olvidaré su sonrisa en el éxtasis de las drogas

mientras bailábamos un reggae instrumental y gritábamos cosas como «Rude Girl», «Skinhead», «Early Times». Aquella noche era todas las noches juntas al fumar, al reírnos, al cantar. Bailamos con los tiempos de La Carolina canciones de Rastrillos, Los Yerberos, La Yaga, Laurel Aitken:

Conocí una chica que nació en el guetto…

Antidoping, Ely combo, La Orquesta Hawaiana de Toño Quirazco, Los Chumiles.

Conocí una chica…

Peter Tosh, Eek a Mouse, Alton Ellis, Dawn Penn, Toots and the Maytals, Bob…

Desperté a las dos de la tarde en el balconcito del departamento. Dalila roncaba al lado mío y estábamos cubiertos con las toallas puestas a secar en el barandal. Los pocos que quedaban seguían bebiendo en la sala. El reggae había sido sustituido por Deep Purple.

Alguien nos invitó a almorzar pancita en el mercado junto a metro Bondojito. Fuimos y, después de comer, Dalila decidió que era tarde y tenía que ir a Taxqueña para tomar un autobús hacia Cuernavaca. Se despidió de lejos, hizo una seña a unos metros de nosotros en la entrada del mercado y mandó un beso.

—Te marco, ¿va? A ver si vengo la otra semana —me alcanzó a gritar dando la vuelta hacia el metro.

Tenía su correo electrónico, tenía su número de celular, pero no hablamos mucho. A veces enviábamos un mensaje sólo para saludarnos o sugerir citas imposibles. Ella no usaba redes sociales y yo no tenía para uno de esos *smartphones* que empezaban a salir por entonces. Por el trabajo me fui a Colima y de ahí a Michoacán. Elegí quedarme en Uruapan porque se me figuró que el clima

era como el de Cuernavaca. Nuestra amiga en común, la antropóloga del departamento en Cuernavaca, me contó en Facebook que Dalila salió con una chica antes de abandonar Morelos y después se fue a la aventura por el mundo. Yo no tenía tiempo ni para chatear con mis horarios de guardia veinticuatro por veinticuatro, siempre con sueño.

V

Varios años después, apremiado por la pensión de mi única hija, entré a trabajar a cargo de la seguridad en una casa de tres pisos. Mi niña era el fruto hermoso de un año de amor explosivo con una nayarita que conocí en una escapada a la playa y con la cual casi nos matamos porque, así de fuerte como empezó, así mismo terminó. Para entonces, ya me consideraban mejor preparado que el promedio en cosas de seguridad que no tuvieran que ver con armas, claro está. Los desertores exmilitares y exfederales abundaban, huyendo de la guerra contra el narco, pero nadie podía pagar los salarios que acostumbraban y varios volvían, sólo que ahora en el otro bando.

Y así se me mandó traer especialmente como guardia de la casa de un joven ricachón. Un guardia *light*, decía yo, porque sabía que aquellas personas se traían algo ilegal, pero me pagaban bien mientras no hiciera preguntas y, a la vez, el señor que me contrató tenía a sus matones para otros asuntos. Dos o tres veces por semana, llegaba Fernando en su MKZ y me veía de reojo tras presionar el mando

que elevaba el portón de acero y acabados en madera. La casa parecía hermética, diría que una bóveda, pero con sus tres pisos de ángulos rectos y su color blanco se me figuraba más un motel. El caso es que Fernando activaba el movimiento de la puerta y yo, pantalón negro, botas negras, camisa negra, lentes negros, esperaba inmutable junto a la columna de hierro en lo que el automóvil entraba, la puerta se cerraba y la calle volvía a su estado monótono.

A veces, no ocurría nada en toda la semana. Muerto de diez de la mañana a diez de la noche. De repente iba alguien de limpieza o jardinería, pero me avisaban de antemano. Cuando el padre de Fernando —un hombre recién entrado en canas, de 1.70, sombrero, playera tipo polo y pantalón de mezclilla recto— me advirtió de tardes así y la sencillez del trabajo, me imaginé exactamente aquello: un paraíso laboral, sin complicaciones, puesto para juntar dinero y retirarme en unos años a poner mi propio negocio y fumar hierba tranquilamente. Era un hombre imponente, de los que hablan lentamente y con precisión. De esas personas que con un gesto sutil pueden ordenar tu degollamiento y no mienten nunca, ni cuando dicen que te van a matar. Esos perfiles reinaban ya por todos lados y uno se iba acostumbrando a ese tipo de jefes. Más en Michoacán.

Mi trabajo era sencillo. Solía tener puesto un auricular para darme importancia como guardia, aunque, en realidad, me pasaba la tarde escuchando mis viejos discos de ska y reggae. Ya para entonces no existían ni los *discman* ni compraba uno DVD's piratas. Todos teníamos *smartphones* e internet móvil con membresías de Youtube o Spotify y hasta las bandas más punks y rebeldes estaban ahí.

Durante los primeros meses, Fernando solía ir acom-

pañado de otro hombre más o menos de su edad. No me volteaban a ver al entrar, salían horas después y se marchaban con la misma indiferencia. Nunca supe si llevaban algo en el auto o qué hacían dentro. Yo escuchaba a Salón Victoria, a La Matatena, La Maldita Vecindad, La Sekta Core o La Tremenda Korte. Discos que hace mucho tiempo no escucho. Dos veces al mes, el padre de Fernando aparecía en su camioneta, me dejaba doce mil pesos y me decía que todo iba bien, que estaba haciendo de maravilla mi trabajo. Yo sonreía, le daba las gracias y regresaba a mi puesto junto a la columna del portón.

VI

Hasta veinticinco automóviles por minuto atraviesan la caseta Cuernavaca—México en un inicio de puente laboral. Hablamos de unos veintisiete mil en las dieciocho horas de actividad saturada continua y, si en promedio viajan dos personas por coche, entonces cincuenta y cuatro mil personas o más pasan en un día activo de Morelos a la Ciudad a través de esa caseta.

Yo fui una de esas personas muchas veces y me gusta pensar que Dalila otro tanto, recorriendo simultáneamente Tres Marías, Parres, Topilejo, San Pedro Mártir y toda la calzada de Tlalpan de ida o de vuelta. Habíamos pertenecido a una masa que nos mantenía conectados sin tener conciencia de esa unión. Era en esos momentos en que la efímera humanidad se mostraba como ente superlativo que permanece más allá de los individuos entremezclados

en las casetas, los pueblos, las ciudades y las avenidas. Eran días en que ninguno de los dos se esforzaba por saber nada del otro.

De enero a marzo de ese año, hubo seis millones ochocientos cincuenta y seis mil ochocientos treinta y seis pasajeros que abordaron un vagón del metro en la estación Taxqueña. Yo fui un pasajero cotidiano de esa línea durante dos meses, de febrero a abril, porque el padre de Fernando me mandó a resguardar la puerta de un departamento cerca de la estación de Chabacano. Un ahijado suyo estaría en la Ciudad para ver opciones universitarias y él le brindaba todo el apoyo incluyendo guardia de seguridad y chofer para que no tuviera contratiempos.

Como nunca fui muy conocedor del Distrito Federal, que entonces ya no se llamaba así, me busqué un departamento pequeño en la misma unidad de interés social donde había vivido antes, cerca de la Basílica, pero no encontré, y fui a dar por donde debía trabajar, en la Portales. Mi jefe pagó todo, incluyendo las cuentas en un café de chinos donde solía almorzar y cenar. Durante mi estancia al servicio de su ahijado, el chofer llevaba mi comida, bebidas y cigarros a diversas horas del día hasta la puerta del departamento. Aquel trabajo era lo mejor que había alcanzado en mi vida: cada fin de semana, y a veces entre semana, regresaba a Morelos a vivir una vida que yo, como morelense, nunca hubiera podido conocer. Albercas, comidas de lujo, caserones exclusivos, fiestas de dos días con ida y vuelta a Acapulco incluidas. Yo no iba a divertirme, sino a trabajar al cuidado de las espaldas del ahijado, pero aun así la pasaba bien.

A pesar de eso, el contacto con mi protegido era nulo.

Ese ahijado de mi jefe se mantenía muy ocupado y nunca perdía el control en las fiestas donde sí lo hacían sus acompañantes. Él solo pagaba las inmensas cuentas. Al principio, tardé cuatro días en verlo y saber que era el mismo que se encerraba durante horas con Fernando en la casa de Uruapan. Supuse que aquella visita a la Ciudad de México se trataba de algo más que una simple escaramuza educativa en la enorme bestia. Sin embargo, mi posición en aquel tablero de juego donde un ahijado muy bien apadrinado, con chofer y guardia, la pasaba de lujo en la recién estrenada CDMX, era la del guardia provinciano y simplón, que vive el sueño mexicano en el fastuoso ex Distrito Federal, con escapadas a otra Cuernavaca, inaccesible para la clase popular. Un guardia sin armas que viaja diario en metro y mira pasar los lujos ante sí como a través de una insobornable puerta de cristal, sin poder siquiera pensar nada más que lo que le dicen que piense. Pero, para la nueva Ciudad de México, tanto el ahijado como el chofer y yo éramos sólo tres unidades más que agregar a los números.

El joven despilfarrador pronto pasaría a ser uno de los doscientos cuatro mil novecientos cuarenta alumnos de licenciatura en la UNAM, y quién sabe si llegaría a ser en unos años uno de los veintitrés mil egresados. Su asistencia a la Facultad de Medicina en el campus principal era un hecho. Ya era parte, sin hacer examen, sin estudiar en una preparatoria incorporada, así nada más, por los contactos de su padrino, del uno punto siete por ciento de aspirantes que, en promedio, se quedaba cada año en aquella Facultad.

VII

Cuando regresamos a Michoacán a finales de abril, ya se veían los aguacates en las afueras de Uruapan que formaban parte de las casi cien mil hectáreas certificadas sin barrenadores de hueso, el detestado *Heilipus lauri*, único ser más odiado por mi patrón que los mentirosos. Su ahijado se quedó en uno de esos enormes huertos donde lo esperaba una camioneta recolectora. Por mi parte, me dirigí al centro de Uruapan para recuperar la vida cotidiana y visitar a mi hija y a su madre, a quien le había prometido regalos de la Ciudad. Esa tarde regresé al trabajo. Pasaron dos semanas sin mayor movimiento que la visita de Fernando el segundo miércoles; sin embargo, aquella vez no fue acompañado del ahijado de su padre sino de una joven. La mujer, a quien sólo vi de reojo, llevaba una mascada color melón en el cuello y una boina café. Sobre el vestido blanco, tenía una gabardina también café a pesar del calor.

Pasaron los días. El papá de Fernando me pidió cubrir sólo medio tiempo en la casa, pues Fernando sentía que había perdido intimidad, y dedicarme el resto de la jornada a realizar labores personales como recoger su ropa de la lavandería, comprar la despensa y hacer dos o tres mandados. A veces, para no dejarme sin hacer nada, únicamente me enviaba por dos vasos de café y compartía conmigo una de las mejores mezclas que una casa de Uruapan prepara desde mil novecientos cuarenta y siete. En el fondo, yo no sabía bien por qué me tenía contratado.

A veces me sentía su mera compañía, pues choferes armados y guardias de veras lo acompañaban a todos lados.

Las apariciones regulares de Fernando—con—su—amigo y Fernando—con—la—mujer se alternaron. Ocasionalmente, me tocó abrir la puerta para que el MKZ cruzara la puerta con los tres pasajeros. En esos momentos, la mujer iba atrás, con lentes negros, y siempre se me quedaba viendo. Yo estaba seguro de que era Dalila, pero al instante siguiente, viendo el ambiente social al que pertenecía, su aire, su ropa y sus gestos, la idea me parecía descabellada, absurda. ¿Qué carajo podría hacer Dalila en aquella casa de un niño rico, quizá un junior del narco o un cacique, en Uruapan? Las drogas podrían tener sentido, pero ¿Dalila llena de opulencia? ¿Dalila repleta de aires señoriales? Dalila, que odiaba los automóviles, ¿en un Lincoln de lujo?

VIII

Me fui un par de horas antes de lo normal a petición de Fernando. Su padre me mandó primero por la comida y después por dos cafés al centro. Había una marcha gigantesca por la paz así que me desvié. Como estaba cerca de la casa blanca, el morbo o esa cosa rara que llaman destino o suerte, azar a fin de cuentas, me arrastró por ahí. El portón estaba abierto. A distancia, vi el MKZ atravesado y la mujer de la mascada al volante. Sacó el auto. Cuando me acerqué, se apeaba para manipular

el mando del portón manualmente desde la columna y salir corriendo antes de que se cerrara. Las escenas siguientes sucedieron a una velocidad difícil de narrar. No porque fueran aceleradas sino porque ocurrieron como en otra dimensión.

—¿Dalila, eres tú? ¿Eres Dalila, verdad? ¿Estás bien? —le dije ya sin ningún pudor.

Ella volteó a verme con una sonrisa.

—Discúlpeme, señorita, no quise molestarla, pero es raro que la puerta esté abierta... —continué, confundido y avergonzado por hablarle tan sin pena.

Ella siguió sonriendo a la vez que el portón terminaba de cerrarse detrás. Con ademanes delicados, se quitó los lentes negros y pude ver los ojos almendrados que recordaba haber visto brillar tantas madrugadas. Dalila volvía a verme con una mirada de reconocimiento, con la espalda firme. Eran los tiempos del reggae otra vez. Su sonrisa se confundía entre la alegría irradiante y el placer que da el cinismo. Pero luego le vi la oreja y no tenía ningún rastro de haber tenido una expansión del tamaño de una almendra.

Por fin habló, y su voz no era la misma, pero algo en el tono y las palabras elegidas sonaban igual.

—No te preocupes. Mejor vete a tu casa —me dijo apoyando su mano sobre mi hombro—. A la gente como nosotros, esta gente nos deshace así —chascó los dedos—. Vete y actúa normal. Tú y yo no nos vimos, ¿okey?

Me quedé callado mirándola tan segura de sí. No parecía la misma muchacha que llegó con una canasta repleta de galletas de marihuana y el corte tipo mohicana que usaba la mayoría de nuestra generación en aquellos

años. No se parecía en nada a la Dalila que fumaba marihuana y me obligó a estudiar; sin embargo, estaba seguro de que era ella. A la vez, insistir con eso me hacía sentir deschavetado.

—Sí eres Dalida, ¿verdad?

—...yo no me llamo Dalila y no te conozco —continuó—. Mucho menos sé cómo te llamas, hombre. Estás loco. Cuídate, moreno —Me guiñó un ojo.

IX

Esa tarde, después del encuentro con Dalila —¿sería Dalila?— regresé a su casa con los dos vasos de café y me retiré después de compartirlos con el señor. Todo muy normal. A la mañana siguiente, en una llamada recibida a las 6 am, el papá de Fernando me dijo a gritos por el celular que urgía mi presencia. Al llegar, con un rictus inmutable, todo de negro, a tejana, camisa y botas, mi jefe me dio cincuenta mil pesos y me dijo que hiciera lo que quisiera de mi vida, pero me advirtió que más me valía largarme porque él mismo iba a atravesarme una bala en la cabeza y a arrancarme las piernas y la lengua mientras seguía respirando si sabía que yo tenía algo que ver con la muerte de su hijo. No mentía. Por cosas que supe después de oídas y en el periódico, supe que no mentía.

Mi sorpresa y pésame fueron auténticos. No sabía que Fernando había muerto. Hice conexiones de inmediato, pero todo era absurdo. Ni siquiera sabía si aquella mujer tenía alguna relación con la joven que conocí en mi vieja

covacha de Alta Vista allá por mis veinte años. En Uruapan se desató una serie de asesinatos que encajaron en la ola general de violencia del país. Con el asesinato de Fernando, la vida allí se hizo insoportable y, para qué mentir, yo me fui muerto de miedo.

A los pocos días, estaba de vuelta en Cuernavaca con mi hija y la nayarita que, si bien no era mi pareja, era la madre de mi hija y no la iba a dejar sola en ese infierno. Pero el infierno era todo México. No pude regresar a mi colonia porque la vida también ahí era imposible. El país ya había dado la vuelta en la esquina de las armas de fuego en cada bolsillo. Los muertos abundaban en todo el territorio nacional y yo me cuestiono desde entonces, entre mi pasado, mi culpa y mi nostalgia, si aquella mujer era Dalila, si ella habrá matado a Fernando, si pude hacer algo para ayudarla, si seguiría viva y, sobre todo, por qué carajos no me fui con ella.

En el fondo, sé que su lugar en la tierra está aquí. Si quiere verme, vendrá un día, encontrará mi pequeña covacha, esta vez al sur de la ciudad, y yo, tras cumplir mi horario como seguridad privada en un supermercado, la estaré esperando. Estaré aquí sentado con el café caliente, pay de harina integral con pedazos de fresa y una *playlist* con nuestros viejos discos de reggae para pasarle la bacha de un cigarrillo de marihuana que, por los exámenes que me hacen periódicamente en el trabajo, ya no puedo fumar.

En tu camino, cuando vengas: cuídate, morena.

Suelten a los perros

Llevaba tiempo acercándose al arte conceptual como si lo toreara y no lograra nunca aprehenderlo. Eleonor lo invitaba a crear una pieza algunas tardes mientras fumaban un cigarro o él le ponía crema en la espalda y la masajeada por el peso del día: pies y hombros, hombros y espalda, nuca y espina dorsal, piernas, muslos, pies, entrepierna. En parte le tomaba el pelo.

—Con tu cerebro —le decía ella fumando y haciendo muecas— seguro haces una cosa crítica al arte conceptual, lo que, por otro lado, sería muy conceptual.

—Ése es uno de los grandes enigmas del arte conceptual, ¿cómo le hacen?

—¡Ay, ya! Sabes que hay cosas muy buenas.

—Nuop.

—Claro que sí —le respondía Eleonor, incorporándose con cuidado de no quemar las sábanas—. Loco, ya vi tu cara. Una piececita conceptual ya está en el horno, ¿verdad?

Y, en efecto, en su cabeza volvía a amasar el juego, la paranoia social, el comercio, las intervenciones. Algo que venía pensando desde tiempo atrás, pero no se resolvía en un acto específico. Ahora, con las manos embadurnadas de crema y engrasada la colilla del cigarro recién recibido de Eleonor, resolvió su pieza. ¿Y si pintaba los OXXO? Esa cadena de tiendas de conveniencia, a cuál más cercana. Una en cada esquina. Oh salvadoras de las fiestas universitarias, eternas pías de los fumadores noctámbulos, una en cada esquina o incluso dos, más la competencia,

porque parece que las tiendas de la cadena OXXO venían con su contraparte comercial. Donde llega una, es probable que en la contraesquina se abra cualquiera de otra cadena similar, un 7 Eleven o un Circle K, pero OXXO es quien lleva el norte del comercio: repletas las ciudades, son los primeros en llegar a los pueblos. Salvador de los trayectos largos, del hielo de emergencia, de los audífonos o botanas de paso, incluso de los viejos celulares cacahuate. Los OXXO lo sabían, lo olían, lo veían todo. Eso era: lo veían todo.

Si lograba ponerles pupilas a las O y leer las X como la /x/, «ja», de nuestro español, entonces diría literalmente «ojjos» con una doble *j* bien marcada y velarizada al alargarse para sonar a la peninsular, muy colonizador y dominante el asunto. La pieza estaba lista con una idea tras otra enriqueciendo el muy simple acto de poner puntos en el centro de unas O rotuladas sobre tiendas de conveniencia. Una pinta con sentido social y crítico y urbano y espontáneo y efímero y etcétera.

Esperó la quincena, compró latas de pintura, hizo esténciles, sobornó a algunos policías y vendedores de OXXO, averiguó horarios, trazó un itinerario y convirtió en ojos-que-todo-lo-ven al menos veinte sucursales de la famosa tienda, las de su recorrido habitual por avenida San Jerónimo. La acción era muy rápida. Bastaba una escalera de tijera en el asiento trasero. Repartió de 200 a 500 pesos en las tiendas más quisquillosas; en la mayoría les dio igual y en algunas incluso le ayudaron sin reparar. Si todo lo ven los ojos, todos tendrían que verlos también en esas tiendas haciendo aquella pinta nocturna. La respuesta no se hizo esperar. Apenas vislumbró actividad matutina la ciudad, comenzaron las críticas, los comen-

tarios en redes sociales, los memes, las corrientes fotos de los «ojjos» por todo San Jerónimo. Algunas sucursales borraron la intervención casi de inmediato, lo que llenó de más misterio la pieza. No hubo videos disponibles de las tiendas que revelaran al autor y el corporativo no quiso decir nada al respecto. «El arte está en la calle» repetían los muros de Facebook y ya era tendencia en Instagram, también hizo aparición en notas de *El Universal* y *La Jornada*. Los periodistas atribuían la obra a una mente genial del sur de la ciudad, salían a relucir nombres de artistas de prestigio o, en el peor de los casos, a un activismo consciente del rescate del espacio público y la contaminación visual.

A las ocho de la mañana eran virales las fotos de diversos usuarios unidas en un mismo video, que mostraba el recorrido para ver todas las sucursales pintadas. No faltó quien tuviera videos de cómo las despintaban y hubo cámaras amateurs que mostraron cómo sus portadores reñían a los empleados de OXXO por hacerlo. Golpes virales. Nada grave, pero la pluma de intelectuales se movilizó por todo el país.

—Llegaste bien tarde. ¿Estás borracho?

—Hice una travesura.

—¿Ah, sí?

—Me eché unos tragos en la esquina, pero eso no es todo.

—¿Entonces? ¿Hay más?

—Échale un ojo a tu Facebook y ve qué hay de nuevo.

Eleonor sacó su celular con incredulidad y empezó a *scrollear*.

—¿Un oso arañando chicas con cubrebocas?

—Nop.

—¿Lo del megafraude en Brasil?

—No. Local.

—¿La ruta que se quemó?

—No tan dramático.

—¿Los ojos con doble jota?

Juan esbozó una sonrisa socarrona y levantó las manos en señal de triunfo.

—¿En serio? Responde. ¿De verdad? ¿En los OXXOs? Estás loco. ¿Y si te encierran?

La cara de placidez contrariaba este temor.

—A OXXO le conviene. Ve cuánta tontería está saliendo. Hay gente que dice tener un lazo afectivo con ellos y miles de aventuras de madrugadas de borrachera o malestar estomacal. Los del OXXO se indignan públicamente porque deben hacerlo, pero les conviene.

—Yo sólo ahí encuentro mis duggles.

—Ya ves. Ponlo en tu muro y únete a la masa sonsa —ambos rieron—. Además, si me llevan al bote eso sólo enriquecería mi perfil de artista conceptual.

—Pues bueno, debo decir que sí estuvo muy buena la pieza. ¡Listo! Ahora eres todo un artista. Tan conceptual como querías. ¡Bravo! Tan ruidoso que hasta sales en las noticias del celular. Tan radical que no puedes firmar tu obra.

—Lo único malo.

—Exacto, lo único malo es lo más importante. Ahora haz algo que puedas adjudicarte y vender. Éntrale con todo a la especulación. Que se vea que haces arte del bueno. Del caro. Que te den una lana por hacerte el dormido o el chistoso. Tímalos a todos.

Pasó un buen tiempo sin idear otra pieza. El interés se fue de largo y lo sorprendente en realidad fue que a la gente le gustara tanto. Tenía el ánimo por los cielos

y más se elevaba su ego frente a cualquier mención de los *Ojjos-que-todo-lo-ven* en el trabajo. Hasta la gente más inculta hablaba de ello, a favor o en contra. Que si dañaba propiedad privada, que si OXXO acabó con las tienditas, que si fue una estrategia del gobierno para apoyar más al OXXO, que sí fue eso sólo que directamente de OXXO, que si usaron fondos públicos, que si era un mensaje de grupos secretos que nos vigilan. Juan creía que sólo era un juego y ya, sin embargo, oír todo aquello le daba ganas de volverlo a hacer. Quiso acercarse a Eleonor para un consejo.

—Dicen que fue una protesta contra la contaminación visual, que es contra los OXXO y la economía y que es obra de una artista bien pesada. Se lo atribuyen a una mujer, no sé por qué.

—También dicen que fue una perversa estrategia comercial de OXXO. Ajá. Sí, sí. Ya movilizaste algunas plumas a nivel nacional. Ya hay artistas mediocres replicando tu trabajo en cada capital de provincia. Y qué. Así es la cháchara de moda. ¿Qué sigue?

—Tú que sí haces arte de veras, ¿cómo le haces? ¿Cómo te aceptaron el proyecto para la Guggenheim?

—Ay, cielo. Mi proyecto es de creación y estoy directamente en un centro de investigación así que me respaldan para hacer lo que quiera. El taller que me da la universidad está para que yo cree libremente.

—Pero ¿cómo preparas un proyecto para que lo acepten?

—A mí nadie me dice qué puedo o no hacer. No necesito estímulos de afuera. Tengo un grupo de colegas que entran a mi taller como asistentes, que me ayudan a montar las piezas, a imprimir y cargar, con la condición

de que están para trabajar sus propias piezas. A ellos les paga la universidad. De otra forma, no los dejaría entrar. Sabes que nadie entra a mi taller si no es absolutamente necesario.

—¿Y de qué tratan tus piezas?, ¿cómo lo sabes desde antes de hacerlas?

—Pues es lo que te digo del proyecto. En mi caso, se trata de ciencia, microbiología y el ambiente. Leo mucho del tema, veo mucho arte, cine, leo mucha literatura, tú lo sabes, y de ahí surgen las ideas, pero no todo tiene que ver con «el proyecto».

Así ideó su siguiente pieza a partir de este diálogo y obras de Eleonor que él desconocía hasta entonces. Tenía que conseguir la pluma de un guajolote, específicamente el primer registro de un guajolote con diabetes. Lo encontró fácilmente en Tepoztlán.

Quizá no era el primero registrado en la historia, pero sí el primero registrado en México. Con acuarelas que pintó Eleonor a partir de tomas microscópicas de la sangre del animal enfermo, creó un árbol de navidad coronado con plumas de muchos otros. La pieza hacía una reflexión sobre el consumo y la obesidad. Ya que eran vísperas de navidad, el guajolote era el móvil perfecto. La tituló *¿Postre o pavo?* y los contactos de Eleonor lograron que fuera expuesta durante la semana que va de Noche Buena a Año Nuevo en el zócalo de la ciudad. Juan, quien quiso dejar de utilizar su nombre, pero sin perder su identidad, firmó como Xuan esta vez para retomar el valor de la /x/ reivindicada en la pinta nocturna de ojjos. La exposición llamó tanto la atención del público que el gobierno optó por ofrecerle un adelanto por su siguiente pieza si la exponía en el Museo de la Ciudad.

—Esta vez sí la hicimos. Me dieron un pago como adelanto para mi siguiente pieza.

—Qué bueno. La mitad de ese dinero me pertenece —bromeó Eleonor.

—Todo lo mío es tuyo.

—Ya lo sé, tonto. Ahora lo importante es que no pierdas esta brecha. ¿Ya pensaste tu siguiente trabajo?

—Sí. También habrá animales, pero quiero que sea más improvisado.

Como la siguiente pieza debía estar presente en el espacio del Museo, no quiso que su firma suscribiera algo fijo en una sala. Mandó una lista al recinto para que se apuntaran las personas que asistirían a inaugurar la exposición. Consiguió en total doscientos treinta y seis firmas. Con el número exacto, buscó la misma cantidad de perros, de todos los tamaños, temperamentos y razas que fuera posible. El día que se inauguró la exposición, la fila abarcaba tres cuadras. La publicidad, por sí sola, ya era un éxito rotundo. Cada persona entraba al museo a solas. No había nadie. Estando adentro, la luz se apagaba por cinco segundos, en los altavoces se escuchaba una voz que decía «¡Suelten a los perros!», y, tras volver la luz, en la sala principal soltaban a uno de los perros conseguidos previamente.

Hubo de todo. Algunas personas salieron riéndose; otras lloraron, víctimas de cinofobia. Algunas más, a quienes les tocaron caninos tiernos, cargaron al cachorro. No faltó quien se decepcionó pues le tocó un perro sin ánimo que sólo se echó en el centro de la sala. Incluso, un adolescente estudiante de preparatoria agarró a patadas a un pequeño chihuahua porque le ladraba insistentemente. Aunque el encargado del museo fue uno de los que

tenían fobia a los perros y salió espantado por correr con un rottweiler detrás, la crítica llenó los medios de líneas que halagaban la pieza, bautizada por ellos como *Who let the dogs out?* Juan no podía creer el éxito que tuvo su obra, más allá de la crítica, por la impresión tan variable que causó. Xuan, su firma, pasó a formar parte de su mundo cotidiano. Si alguien lo mencionaba por escrito, aun en cuestiones personales, tenía que hacerlo así y, en un arranque de excentricidad, pidió que incluso al hablarle, en su mente, Eleonor lo pensara con X.

Las proposiciones no se hicieron esperar. Mientras más excéntrico se volvía, más pululaba la crítica alrededor. Parecía que *Suelten a los perros* fue un imperativo que le abrió las puertas en cualquier dirección. Pero, cuando creía que tanta vanidad y fama habían impresionado a Eleonor, ella se encargó de dejarle en claro que no había logrado nada.

—Es normal que con un hit como *Suelten a los perros* se acerquen los lambiscones, pero debes trabajar duro para lograr un verdadero lugar en el arte.

—A mí no va a pasarme eso de quedarme sin creatividad. Esto es sólo un juego.

—Dímelo a mí. Ni creas que me impresionas, Xuan. Yo sé que te está ganando la vanidad y esto era algo que hacías por eso, por juego, que cualquiera podría hacer, decías. Y ahora te sientes inigualable.

—Pues será lo que quieras, pero vieras a cuántos sí los impresiona mi trabajo.

—¡Ya vas a empezar! Lograste colocar una pieza, está bien, pero necesitas vender más ahora que dejaste el trabajo, así que me da igual a quién impresiones. Hay que pagar las deudas.

—Si me salí, fue para poderme dedicar de lleno a mi obra. Además, estoy estudiando japonés por mi cuenta.

—Pues allá tú. Sólo te digo que esto que ganaste parece mucho porque es lo que yo obtengo en dos meses, pero ya no tenemos las prestaciones que tenías ni seguro porque dejar el empleo sin consultarme, don soberbio, fue muy oportuno.

—No te preocupes, yo arreglaré todo. Pagaremos un seguro mejor.

—Más te vale.

Xuan tenía una invitación al Festival Cervantino en Guanajuato, otra a la zona arqueológica de Palenque en Chiapas y una más hecha por el Parque Fundidora de Monterrey, Nuevo León, a la primera Bienal de Arte Hipermoderno. Para el Cervantino, se le ocurrió que la mejor manera de realzar el nombre de la colonia donde creció en otra ciudad era, literalmente, llevándolo consigo. Así que consiguió un permiso para mover el árbol que estaba frente a una tienda en la esquina de su casa. El festival pagaba todo: remoción, traslado, permisos ambientales.

Aquella «Miscelánea Carlitos», donde los chicos de varias generaciones en la colonia se han emborrachado, no tenía baño, pero ante la pregunta de dónde podían hacer sus necesidades, el tendero les señalaba ese árbol que Xuan expondría en una pecera gigante con el nombre *Revuelta propia*. En él, lleno de la orina de tantas personas borrachas, Xuan veía la comunión la colonia, la historia posible donde los genes del barrio eran uno solo echando raíces.

A la par, tenía que trabajar su siguiente pieza, la cual quería que siguiera el mismo rumbo de *Revuelta propia*

y, de alguna manera, debía llevar su colonia a Palenque. Ideó que muchos fragmentos de distintos lugares para apilarlos como piezas de Lego que formaran su nombre, «Santa Catarina», serían la mejor opción, pero no había decidido qué partes. Fue al Cervantino y *Revuelta propia*, una de las obras más esperadas para el Festival, no decepcionó ni a los asistentes ni a los organizadores. En el espacio público se tomaron fotos miles de visitantes, para gusto de todo el planeta, en un árbol recontrameado por borrachos. Todos quedaron encantados con el talento de Xuan. No lo podía creer. Cosa que proponía, cosa que resultaba un éxito.

En el Festival perdió la llave de su hotel y tuvo que pagar una reposición. Le salió muy cara, pues tenía un tallado especial del hotel y de Guanajuato. De ahí tomó su idea: cada vecino debía prestarle tantas llaves como pudiera, de sus casas, escuelas, locales, bicicletas, lo que fuera. Una vez listas, cada una se insertó a modo de cerradura en ladrillos, tabicones, blocs, adobes, piedras, paneles y cualquier material de construcción tomado de las distintas casas de la colonia. Las apiló de tal forma que dijeran Santa Catarina y les puso cemento. Tenía una pared que, de alguna forma, contenía a todos los vecinos. La pieza, titulada *Rememoranzas*, realmente no gustó tanto como otras; sin embargo, Xuan, por el prestigio adquirido, fue condecorado por la comunidad de artesanos locales. Con mucho esfuerzo, le obsequiaron una llave de medio metro de largo, hecha del metal de todas sus llaves, para nombrarlo Visitante Excelso, Portador de la Llave del Artesano.

Seguía sin creerlo. Estaba a punto de cumplir un año desde su primera intervención a las tiendas OXXO, ya había sido invitado a los mejores festivales del país,

comenzaba su proyección a otros países, lo habían mandado traer a talleres y ponencias sobre arte conceptual en distintas escuelas e instituciones culturales y cobraba más que en su trabajo de contador burócrata. Pronto comenzaría a dar una cátedra extraordinaria en la Universidad Veracruzana. Su desarrollo como artista había adquirido niveles que no podía creer. Con ello, también su excentricidad aumentó. Comenzó a utilizar otra firma. Influenciado por su estudio de japonés, decidió que utilizaría caracteres del silabario hiragana. Xuan no existiría más, tras firmar *Rememoranzas* en Palenque, la pieza para la Bienal de Monterrey estaría suscrita por ふあん.

Para la exposición en el Parque Fundidora, ふあん quería lucirse como nunca lo había hecho. Sintió que rozaba la decadencia en Palenque y no quiso arriesgarse a continuar con la idea de llevar al barrio fuera de casa. Sin embargo, algo a nivel personal no lo dejaba tranquilo. ¿Cómo podía ser provocativo en una Bienal que pretendía ir a la cabeza del arte contemporáneo? ¿Cómo podría satisfacer esas ganas de llevar consigo a Eleonor, la tienda Carlitos y los borrachos de la esquina que atendía, acompañados de casa, tienda y árbol? Aquella invitación le había roto la cabeza. Faltaban tres meses. Insistían con que enviara inmediatamente su pieza y no había concretado nada aún. De pronto se le ocurrió que, si la Bienal trataba de ir más allá del arte posmoderno, podía hablar de dicho período y, con ello, de la muerte del siglo XX a través de la pandemia más dura registrada hasta entonces: la infección de VIH y el subsecuente desarrollo del SIDA. Tenía que describir esos dos períodos como analogía del fin del siglo y de la era posmoderna. Una infección latente que culmina con un estado vulnerador de todo el ser que ha infectado.

Mandó pedir a los organizadores que le prepararan una carpa enorme de circo, dividida por la mitad en dos partes iguales. En la primera, tras cruzar la puerta de lona, debían estar los típicos puestos de comida de circo, palomitas, máquinas de refrescos, globos y un payasito-fotógrafo que daba la bienvenida con un flash. Enseguida tenían que estar las cinco posibles entradas al escenario. Cada una, con un camino enredado en forma de túnel, tenía tres jaulas a lo largo del trayecto. En ellas, personas disfrazadas de osos, tigres y elefantes, gritarían obscenidades a los que pasaban, les ofrecerían sexo por dinero y azotarían los barrotes.

Todos los túneles iban a dar a un pequeño escenario donde colgaba una toma de saliva colocada entre dos placas de cristal. Las cinco muestras, con ayuda de un reflector detrás, dejaban ciego a quien salía del túnel. Las figuras proyectadas por la luz y la saliva se volvían hermosas formas caleidoscópicas que daban contra el techo de lona. El espectador tenía que voltear para descubrirlas y, con ellas, ver una flecha que lo invitaba a ir a la siguiente parte de la carpa, en una puerta que se encontraba detrás del escenario.

Sobre el arco de la puerta había un letrero que decía «La decadencia de un siglo» y, tras cruzarla, en un pequeño cubículo antes de otra puerta de lona, una pantalla explicaba datos sobre la expectativa de vida para personas infectadas por el virus de VIH. En ella se reproducía el proceso bajo el cual se tomaron muestras de saliva de cinco pacientes terminales en la colonia de ふあん, se colocaron en placas de cristal y se expusieron en el escenario recién abandonado.

El espectador cruzaba la segunda lona y volvía a encontrar, en orden idéntico, los mismos puestos de

comida de circo, palomitas, máquinas de refrescos, globos y un payasito-fotógrafo que daba la bienvenida con un flash. Otra vez había cinco posibles caminos al escenario. Cada uno tenía sus tres jaulas, pero ahora no había personas disfrazadas, sino unos letreros colgados o sobrepuestos, que decían múltiples veces, en distintos tamaños de letra y con fuentes diversas, «¿TE INFECTASTE?». Al final de cada túnel, en el escenario, no había una toma de saliva colgada con un reflector detrás sino simplemente una pequeña cabina. El espectador entraba y un espejo lleno de luz lo obligaba a voltear. Sobre la puerta, encendía un letrero con letras rojas «Cabina de suicidio activa en…» y comenzaba un conteo en retroceso con números romanos a partir del XX. Fuera de la cabina, una flecha señalaba la salida de la carpa.

La pieza, llamada *El circo de Darwin*, impactó a la sociedad regia, al mundo intelectual mexicano y, en particular, a los que estuvieron implicados. Hubo una gran polémica en los periódicos, revistas especializadas, portales de internet sobre arte y en las redes sociales todos opinaron sobre la grotesca pieza de ふあん. Las opiniones fueron radicalmente contrarias. Algunos la calificaban de monstruosa, frívola y sin sentido; otros de genial, única y trascendental. Pocos, pero quizá los más ruidosos, hablaban de una gran falta de respeto a los enfermos de SIDA y de un retroceso en su inclusión social. Uno de los estudiantes que hicieron de payasito, se acercó a ふあん en la fiesta de clausura de la Bienal.

—Hola, mucho gusto. Me encanta su trabajo, señor.

—Muchas gracias. Sin el apoyo de ustedes, no lo hubiera logrado.

—Me parece admirable todo lo que ha realizado en tan poco tiempo. Por eso me animé a participar en cuanto vi la convocatoria...

—Gracias. Insisto en que sin su apoyo no hubiera logrado nada —Lo interrumpió ふあん, entusiasmado.

—...pero quiero dejar en claro que esta pieza me desilusionó —continuó el joven—. No me lo tome a mal. No quisiera ser grosero, sólo es que sentía que su obra creaba un espacio cómico, de crítica al mundo actual. Algo que nos alejaba de la porquería cotidiana. Cuando vi los videos de *Suelten a los perros* me gustó mucho, y también me morí de risa con lo del guajolote diabético. Además, sé que nunca lo aceptara, pero todos damos por hecho que lo de los OXXO fue cosa suya y desde que salió lo del guajolote empezamos a seguirlo un montón de compas en la escuela. Sin embargo, con esto siento que hice algo feo. Que, de alguna forma, dañé a gente con algo grotesco nomás porque sí. Que nada tenía que ver esto con lo que admiraba en su obra.

ふあん quedó estupefacto y no supo qué decir. El chico esperó una réplica que no llegó. Brindaron y se retiró bebiendo su cerveza.

De vuelta a casa, habló con Eleonor de lo ocurrido. Ella le dijo que había hecho una obra maestra para una Bienal que pretende dejar atrás el arte posmoderno. Cumplió su cometido y también dejó detrás todo lo que ふあんhabía hecho el año anterior. Por otro lado, pensaba ella, para un fin personal, sí, ふあん había desviado su camino. Sus piezas ya no eran rebeldes, analíticas ni cómicas como al inicio. Ya no quería acercarse más a ella ni criticar nada. Sólo provocar en vacío, con discurso de sobra, como todo lo que criticaba del arte conceptual. Quizá era su primera

crisis creativa como artista conceptual. Un momento para replantearse el camino que quería seguir. Eleonor, distanciada de él por tantos viajes, lo decía con un sarcasmo rayano en el desprecio.

—Mejor regresa a la Secretaría —dijo en tono conciliatorio—. Te siguen llamando por teléfono. El otro día me contactó Ochoa porque tú no respondes. Me dijo que ya van a acabar tus meses de permiso y quieren saber qué vas a hacer. No es cierto que hayas renunciado. Tienes la posibilidad de volver y estar más tiempo juntos. Ya deja todo esto, sólo era un juego.

ふあん sintió todo el peso de su vanidad de golpe. Siempre hablaba con ella considerándose «el gran artista que ella quería que fuera». Quería regresar a las intenciones que tuvo un año antes, cuando nada de esto le importaba, pero no sabía cómo. De todas, la pieza que lo había hecho más feliz había sido *Suelten a los perros* por la impresión que causó en la gente. Y la que más aventura le había traído era la de los ojjos por lo que implicó salir de pinta en la noche, como cuando hacía grafitis en la secundaria, con esa sensación de un novato que hace arte urbano e ilegal, sin pretensión alguna.

Se le ocurrió que la siguiente obra debía tener algo de ambas emociones sin dejar atrás lo que había descubierto a través de su obra. Sería una pieza que lo incluyera todo. Algo así como una segunda parte de *Suelten a los perros*.

—¿No vas a volver, verdad?

—Tú no entiendes.

—¿Qué no entiendo? ¿Que mi pareja dejó todo, hasta a mí, por una estupidez?

—Mi obra no es una estupidez. Estupidez es estar amarrado a un trabajo monótono, diario lo mismo, las mismas horas por el mismo mísero salario.

—¿Y crees que serás millonario por el arte?— Al menos no tengo que vivir de becas.

Ella prefirió dar por terminada la discusión y lo dejó solo en el departamento. ふあん caviló sobre lo que había dicho, pero el orgullo pudo más. Creyó que con una pieza más podía resolver toda esta situación con Eleonor y hasta obtener dinero para invertir en un negocio y hacer trabajos de contabilidad independiente sin tener que volver a la burocracia. Se sentó a escribir e ideó un plan para una segunda parte de *Suelten a los perros*.

Buscó a los animales. De todos los que había conseguido la primera vez, eligió a los más pequeños. La mayoría era *poodle*. Enlistó ciento veintisiete, de los cuales no pudo dar con uno, pues el dueño se había mudado a otra ciudad. Con ciento veintiséis globos inflados suficientemente con gas helio, amarraría a cada perro. Tras liberar algún tipo de trampa, los globos debían liberarse con todo y canes para subir flotando por encima de su liberador. Para incluir el estado público de la pinta de OJJOs, ふあん eligió una feria. En el puesto donde la gente gana peluches de distintos tamaños tras meter tres pelotas en la canasta del fondo, propuso que el premio para el que lograra las tres canastas seguidas sería aquella aparición de perros voladores. No le importaba que el mundo del arte no lo circundara. Aquello tenía que ser una intervención, una ruptura del mundo cotidiano como aspiraba el payasito de la Bienal. Aún no resolvía cómo hacerlo sin lastimar a los animales y evitar que subieran más allá de donde pudieran mantenerlos seguros. Tampoco sabía qué hacer para elaborar las trampas

que los retuvieran. Un mes después, recibió una llamada de su cuñado, a quien le había contado sobre su trabajo cuando lo invitó a la fiesta de cumpleaños de su sobrino.

—Hola, cuñado. ¿Cómo andas? Por supuesto. Ahí estaremos. Oye, ¿sí conseguiste lo que te pedí. ¡Qué bien! Muchas gracias. Cualquier cosa, te marco. Salúdame a todos.

Su cuñado era Capitán Primero del 3er Regimiento Blindado de Reconocimiento. Cuando le preguntó a ふあん cómo iba el trabajo, éste le contó que necesitaba una puerta colocada a ras de piso que se abriera al pisar un botón bajo un tapete o algo similar. Su cuñado le contestó que él se la podía conseguir porque los militares usan todo el tiempo ese tipo de trampillas para ocultar cosas en cualquier parte ante los ojos de todos.

—Sólo necesitarías modificarla un poco.

—Muchas gracias, cuñado.

—Trataré de tenerla antes del cumpleaños de Salvador.

—¡No sabes el favor que me haces!

—No te preocupes. Sólo acércate más a mi hijo. A él le gustan esas cosas del arte y te admira mucho.

—Hecho.

El día de la fiesta, Eleonor y ふあん se dirigieron a casa de su hermana. Era una Unidad Habitacional Militar. Eleonor no quería ir, pero ふあん insistió con la excusa de que hace mucho tiempo no veía a su familia. En realidad, ella apreciaba mucho a su familia política, con quien ya no quería convivir era con él. Los edificios, de tonos verde pastel y verde botella, estaban sobre una loma; debajo, el estacionamiento. Tenían que subir el sendero, por lo cual Eleonor aumentó su desgano. Tras pasar los primeros tres edificios, rodeados de pasto, flores y un árbol al frente de cada uno, ふあん se sorpren-

dió al ver cómo había cambiado la Unidad. Los edificios contiguos al de su hermana eran ahora una plaza pequeña con distintos comercios, entre ellos una tienda OXXO, un centro de videojuegos, una biblioteca y un 7 eleven. En la entrada a la plaza, estaban sus sobrinos. Al grito de «¡tía, tío, tía!», Eleonor y él salieron de su estado incómodo. Ella se adelantó a saludar a las niñas y le dio su regalo a Salvador. Sonrieron y le dijeron que tenían mucho que contarle. Se dirigieron al departamento, donde toda la familia de ふあん los estaba esperando.

—Mamá, ¿puedo ir a la azotea con Sele y Kari? —Preguntó Salvador a su mamá

—No. ¿Qué van a hacer en la azotea?

—Ándale, ma. Vamos a volar un papalote que nos trajo mi tía Eleonor.

—Déjalos subir. Yo los cuido —intervino ふあん y añadió en seguida, dirigiéndose a Eleonor—, ¿vamos, mi amor?

—Está bien. Con permiso —aceptó ella por compromiso.

Subieron con los niños al techo del edificio. ふあん les dio indicaciones. En un extremo, Selene y Karime sostenían el papalote sobre sus cabezas; en medio, Salvador, controlaba el carrete de hilo cáñamo y, en el otro extremo, sus tíos los observaban recargados en la contención de cemento.

—Cuando les diga, ustedes sueltan el papalote y tú corres hacia acá, Salvador. —ordenó ふあん.

—Sí, tío.

Era un día soleado y las ráfagas de aire soplaban fuertemente cada cierto tiempo. Tras dos intentos, ふあん

cedió su puesto a Eleonor, quien le había hecho la observación de que se adelantaba mucho.

—Tienes que esperar a que el aire sea continuo.

—Mejor diles tú.

—Está bien. A la voz de tres, niños.

—Va —contestaron al unísono Salvador y sus hermanas.

—Una, dos y... ¡tres! —gritó.

El papalote se elevó rápidamente. Primero, la cola dio vueltas sin parar y parecía que no lo lograrían, pero ふあん tomó las manos de Salvador con el carrete, haciendo movimientos de ida y vuelta hacia el pecho del niño repetidamente mientras le decía que soltara más hilo. Tras elevarlo, los niños se turnaban el carrete mirando hacia el cielo. ふあん y Marta los veían complacidos desde la contención.

—Qué bien te salió, mi amor. Es increíble que un artista de mi nivel no pudiera lograrlo —bromeó ふあん, pedante.

—Ya me tienes harta. ¿Por qué todo tiene que ver contigo? —respondió Eleonor enfadada.

—Es que todo tiene que ver conmigo, cielo. Si no fuera por mí, no estaríamos aquí —continuó bromeando ふあん con tono arrogante.

—Qué engreído eres. Ni siquiera sabes por qué estamos juntos.

—¿Ah sí? Dime entonces por qué. Porque me amas, ¿no?

—Yo no quería decirte esto, pero ya no soporto esta mierda. Te has vuelto un altanero superficial.

—Ay, amor, ¿de qué hablas? ¿No querías que fuera un gran artista? ¿No soportas que sea mejor que tú?

—¿Mejor que yo? Idiota. Ya no te aguanto. Ni siquiera sabes que la beca Guggenheim no pide un proyecto para que la otorguen. La dan para creación libre.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que yo nunca hice nada en mi taller específicamente para la beca. Y en todo caso mi proyecto Guggenheim eres tú. Cuando juntaron a todos los becarios en Nueva York, conocí a un artista conceptual de Canadá. Hablamos de sus piezas. Le dije que respetaba su trabajo, pero me daba la impresión de que cualquiera podría haberlo hecho. Me dijo que se lo demostrara y le contesté que lo haría. Que llegando a México convencería a la primera persona con la que hablara. Apostamos la cuarta parte de la beca y ¡listo! Aquí estás tú.

—No te creo nada, Eleonor.

—¿El imbécil pretensioso que escribe su nombre con equis y moras del hiragana no me cree? Porque son moras, pendejo, no sílabas como tú crees. Además, tu nombre escrito en hiragana se lee Fuan, no Huan, como piensas y para nombres extranjeros se utiliza el katakana. ¿De qué te sirve estudiar? Ahí estabas en el aeropuerto con tu ramo de flores y un par de boletos para ver a David Gilmour. Enaltecías mi trabajo, mi voz, mis formas, porque querías acostarte conmigo. Ahí empezó nuestra relación, que también era mi proyecto. Desde ese día te estuve hablando de arte conceptual en el hotel. Eras tan tierno, tan listo y tan humilde que después de hacer el amor no sólo quería que fueras artista conceptual, sino que también fueras mi novio. Tus críticas al arte contemporáneo y tu pasión por la lengua me fascinaban.

—Cielo, pero… —intentó hablar Juan, quien volvía a pensarse como aquel contador de la Secretaría de Cultura que pretendía conquistarla.

—¡Pero nada! —lo interrumpió y los niños voltearon hacia ellos. Juan les dirigió una seña que no vieron porque ya estaban concentrados de nuevo en el papalote—. Y no vuelvas a decirme «mi amor». Ya no te aguanto. Creí que serías más inteligente. Pero no. No sólo te volviste el gran artista, como tú dices, sino que ahora eres insoportable. Ya ni siquiera te reconozco como el amigo que me esperó aquel día en el aeropuerto. Y todo es mi culpa. Me lo merezco, por necia. Ahora nuestra relación es algo así como mi primera pieza conceptual. Pero hasta aquí llegamos. Ya no hay más Eleonor y Juan o Huan o Fuan o como quieras llamarte.

Eleonor bajó corriendo las escaleras. Juan les dijo a los niños que esperaran un momento y salió tras ella lo más rápidamente posible. Dos pisos más abajo, ella se acomodaba la bolsa en el hombro mientras cerraba la puerta del departamento de su hermana con la familia estupefacta.

—Espera por favor —le gritó Juan—. Mi amor, tenemos que hablar y aclarar las cosas. Yo no quiero per…

Eleonor cruzó el umbral del edificio y azotó la puerta para no escuchar más la voz de Juan. Titubeó al sentir el sol de golpe y se detuvo un momento con la mano sobre la frente para ver bien el sendero hacia la plaza. Al escuchar que la puerta se abría de nuevo detrás de ella, retomó el camino con coraje. Al primer paso, escuchó un ruido bajo la baldosa. Quiso detenerse, pero no pudo y las siguientes tres baldosas también hicieron ¡clic! Al instante, cuatro trampillas se abrieron alrededor del sendero. Ya no pudo avanzar más porque quedó asombrada al ver

cientos de globos de todos los colores que salían del suelo y la rodeaban. Volteó hacia atrás. Ahí estaba Juan, su figura avanzaba hacia ella entre los globos. Lo observaba confundida. Sintió emociones indescriptibles hacia él. La partida le parecía ridícula, sólo quería provocarle algo. Lo sentía muerto hace tiempo. Era un «hasta aquí». Sentía mucha alegría y culpa a la vez. Estaba impresionada. Desde arriba, los niños miraban la escena. Los globos ascendían a distintas alturas. Algunos ya estaban muy cerca del papalote.

Índice

La tortuga | 7

Dalila | 21

Suelten a los perros | 41

Ojjos que todo lo ven

de Juan Andrés Herrera Aceves
Primera edición, 2024
Secretaría de Turismo y Cultura
Fondo Editorial del Estado de Morelos
Calle Miguel Hidalgo 239, Colonia Centro,
CP 62000, Cuernavaca, Morelos
http://turismoycultura.morelos.gob.mx

COLECCIÓN VOCES VIVAS

NARRATIVA

Una misteriosa tortuga es el símbolo de algo profundo y reptil, un fanático del reggae y el ska recuerda con nostalgia un tiempo que pasó demasiado rápido, un artista contemporáneo parece estar atrapado dentro de una pieza de arte. Este es un libro a tres voces. En él, J. Andrés Herrera (Cuernavaca,1990) se ocupa de una triada de temas: el dolor de la pérdida, atizado por la magia y la superstición; el paso del tiempo desde la nostalgia del hombre común, en un contexto de crudeza y criminalidad, y una crítica irónica al arte contemporáneo, que es una pieza de arte contemporáneo en sí misma.

Son relatos de un espacio que es cercano, pero es todos los espacios al mismo tiempo; de un tiempo que es lejano, pero que habita en la nostalgia del viejo discman, del DVD, de Taxqueña, del DF, de La Carolina, de los toquines de ska que de por sí siempre fueron lejos. En esta serie que inaugura el paso de Andrés por la narrativa, nos presenta una lectura que no abandona la sinceridad y la afilada inteligencia a la que nos tiene acostumbrados el, hasta ahora, poeta.

Una invitación a este tránsito, como puede entrarse al movimiento engrasado de los pistones narrativos.

Jerónimo Emiliano

J. Andrés Herrera (1990). Poeta morelense. Autor de *Eso que revienta* (2012), *El morbo y las promesas* (2014), *Cuernavaca Ska-Jazz Club* (2015), *La tierra que nos dieron* (2016), *La isla* (2018) y el audiolibro *Marela. Ciudad para los mil ojo* (2020). Obtuvo el primer lugar en el XVI Premio Universitario de Poesía *Décima muerte* (UNAM, 2013). Ha sido antologado en *Mega Ofrenda 2013. 50 años sin Remedios Varo* (UNAM, 2014) y *Desde el contorno. Antología de poesía morelense* (2018). Fue becario del PECDA Morelos en 2015.